

21 La difícil tarea de autor universitario

1. Knut Hamsun dijo una vez, respondiendo a un cuestionario, que "escribía para pasar el tiempo". Creo que aunque fuera sincero al afirmarlo, se engañaba. El escribir -desde una simple carta, pasando por un manual escolar hasta quizás una novela- como la vida misma, es un viaje de descubrimiento. Se trata de una aventura existencial, y a veces metafísica: es una forma de aproximarse indirectamente a la vida, de lograr una visión parcial, y en ocasiones felices, una visión total del universo. El que escribe vive entre el mundo de arriba y el de abajo: emprende un sendero o un camino, para eventualmente convertirse él mismo en ese sendero o camino.

2. Manuel Mejía Vallejo, en un Encuentro de la Palabra celebrado en Riosucio, llamaba la atención sobre el porqué en la mitología egipcia, el Dios de la magia es, al mismo tiempo, el Dios del lenguaje. Y avanzaba su explicación: es que el lenguaje, todo lenguaje, es magia. Tanto que hay quienes sostienen que todas las artes nacieron de la magia. Hay un conjuro en las palabras. Hay algo encantador en todo bien escrito. Por un lado, rompe el hechizo de los hechos, de los fenómenos y de las personas, cuando la palabra dice algo apropiado de ellos. Pero por otro lado, la palabra deja pendiente el misterio, la esencia oculta de las realidades, eso interior que no aparece, para que otros sigan intentando penetrar en ellas.

3. Por una no buscada, pero de hecho ya larga experiencia mía -de 40 años- como autor en un trájín universitario, he llegado a la conclusión de que para ser un buen escritor universitario se requiere una extraña mezcla de ARTISTA y de INVESTIGADOR. Se debe saber manejar la alquimia de unos datos, seria, y objetivamente tratados, junto con un buen decir mágico, atractivo y aun pedagógico. Ese gran escritor, aunque de pocas obras, el mejicano Juan Rulfo (*Pedro Páramo*, *El llano en llamas*) dice que para ver la

realidad se requiere mucha imaginación. Porque aquella no es la que se muestra. "La realidad de las cosas es invisible a nuestros ojos externos", dice Saint-Exupery. Detrás de la fachada hay siempre algo más. Nuestra tarea entonces como profesores y autores universitarios es descubrir un poco de ese misterio y comunicarlo lo mejor que podamos, a nuestros estudiantes y destinatarios. La esencia es el misterio de las personas y aun de las cosas. Tenemos que estar persiguiéndolo para desentrañar y dar a conocer ese pequeño y hondo pedazo de verdad que allí se oculta.

4. Y esta es una tarea, que de ordinario, no es fruto de genialidad. Y por lo mismo, una vez realizada, debemos mantenernos humildes aunque logremos publicar o montar en internet algo. Es eminentemente una tarea de "jugo de rabadilla", como diría Giovanni Papini. No hace mucho a un premio Nobel de Medicina lo entrevistó un periodista. Y quizás por halagarlo le dijo: "Valiente gracia haber descubierto tal cosa: si Usted es un genio". Molesto, el médico le contestó: "¿Genio? Mi genio son 16 horas diarias de investigación, sobre microscopios, sobre textos antiguos, sobre textos modernos, sobre las tesis de mis colegas". Es que efectivamente, como decía Balzac en "La comedia humana", "el genio no es más que una larga paciencia". Quizás entre los autores laureados de la Universidad no haya un solo genio ("bellas genios" sí), pero ciertamente son personas de mucha ciencia, conciencia y paciencia, que es casi lo mismo.

5. En este sentido, tenemos que reconocer -como lo dijo Alvaro Mutis en Caracas (24 marzo 1992)- que "no hay escritores buenos, sólo hay buenas obras". El escritor es sencillamente un artesano, un oficiante, un hombre de silencio y de humildad. Hay quienes acostumbran endiosarlos y eso lleva a la falsedad. Es hipócrita la divinización de las letras.

6. Pero con todas sus satisfacciones, nuestra tarea suele ser ingrata por varios capítulos. Por el sólo hecho de escribir ya queda un autor -así no sea importante-

catalogado en el libro de difuntos. Hace unos años, cuando todavía no peinaba canas, pero había publicado unos cuantos textos escolares, una joven del Colegio del Sagrado Corazón de Corozal -donde dictaba yo unas conferencias y seguían allí en último año de bachillerato un manual mío, editado por Editorial Norma y que llegó a 4ª edición, *Yo vencí al mundo. Una visión cristiana de Dios, del universo y de la historia*, se me acerca intrigada a preguntarme si yo no estaba ya muerto. Según ella entendía todos los escritores son seres muertos. Están en un libro, a veces con retrato y una nota biográfica, que equivale a nota necrológica, algo así como un epitafio.

Ocurre también que para cierto tipo de personas -especialmente en las universidades- para esos "espíritus superiores" (que los hay y que hablan mucho y poco hacen), el atreverse uno a escribir, aunque sea un manual, es mostrarse uno soberbio, pensarse iluminado por los dioses o con lenguas de fuego del Espíritu Santo posándose sobre la cabeza de uno. Hay quienes no perdonan el que pergeñemos algo para lectura de otros. Si publicamos un texto-guía, sencillo y pedagógico, síntesis de muchas lecturas y autores, critican el que no lo hayamos atiborrado de citas al pie de página, como si fuera un "scientific paper", e inventan entonces la calumnia del "plagio". Si lo publicado es denso, serio, de nivel investigativo, entonces lo tildan de "ladrillo", lo acusan de ilegible, pesado y poco comercial. Y hay quienes nos consideran, por atrevernos a publicar algo, como intelectuales o soñadores, como personas lejanos de las cosas y de los seres; como vates (vaticinadores o adivinos), que vivimos en una especie de torre de marfil, alejados del mundo y de su diario acontecer, sin preocuparnos por lo que nos rodea. Nada más falso. Basta para desmentirlo asomarnos a los títulos de los libros lanzados al público por nuestra ilustre Universidad. Diferentes y calificadas publicaciones, en variadas áreas del saber, de mucha actualidad. Todas ellas aportan algo a dar respuestas a preguntas abiertas, y a señalar soluciones para problemas reales. Son obras de autores inmersos en su mundo real de especialización, en permanente contacto con la gente y sus alumnos, y hondamente preocupados por el país que los rodea.

7. Nuestro trabajo es difícil e ingrato, no sólo por la incompreensión con que algunos nos privilegian, sino por la disciplina y consagración que requiere, por el

exigente estudio y permanente actualización que nos demanda. Ese gigante de la cultura y de las letras venezolanas que fue Arturo Uslar Pietri, dijo al recibir el Premio Nacional de Literatura en 1982: "Escribir es un desafío, una aventura, un empeño muy difícil...Es uno de los procesos más duros y angustiosos. Digo, cuando se hace con seriedad". Y para Pablo Neruda, "Los libros se escriben con besos". Nuestros libros, aunque sean modestos manuales, son jirones de nosotros mismos. Los hemos escrito quizás con besos, pero también con lágrimas y pesares, con dificultades y envidias, con satisfacciones íntimas y a veces casi que con balas.